

de estilo bizantino combinaban en las cornisas, archivoltas y tímpanos las piedras de diversos colores y el mismo ladrillo para imitar las incrustaciones y mosaicos. Para las cúpulas y cascarones empleaban ya los tubos de barro vidriado, ya la mezcla de guijo, cascotes de ladrillo y mortero. El ornato exterior era escaso: las puertas, cuadrangulares, solían llevar sobre sus dinteles arcos de descarga de archivoltas labradas; pero estas archivoltas no presentaban nunca los toros ó cordones que distinguen á las del estilo románico: se componían de molduras planas ó platabandas mas ó menos exornadas. La gala de la decoración se prodigaba principalmente en el interior, pero ni se reproducían en los capiteles aquellas fantásticas imágenes de seres animados que luego fueron tan comunes en los siglos XI y XII, ni dejó de prevalecer en las columnas el *corintianismo*, á pesar de la invención de los capiteles cúbicos y de pirámide truncada inversa, que fueron principalmente destinados á los parages donde era mayor la carga y menor el lucimiento.

Lejos de nosotros la ilusión de que fueran tan ricas y de tan gallardas cúpulas como las de Constantinopla y del Exarcado las de nuestras iglesias visigodas de S. Vicente de Sevilla, de S. Gerencio de Itálica y demás que hemos nombrado. Queremos todavía suponer que nuestro comercio con el Oriente en aquellos tiempos, que la visible manía bizantina de nuestros reyes godos, que la permanencia de los Imperiales en las ciudades mediterráneas de la Bética, hayan sido infecundos para nuestro arte de construir. De todas maneras resulta inevitable la inoculación del gusto oriental en nuestra arquitectura atendidas las descripciones que de nuestras basílicas y baptisterios hicieron los antiguos escritores eclesiásticos ya citados, y reconocidos los fragmentos que vamos paulatinamente reuniendo. En suma, aun negando el influjo directo de Bizancio, nos veremos precisados á reconocer que este influjo llegó hasta nosotros por la tortuosa vía de las tradiciones del arte romano, ya adulterado con vislumbres de orientalismo desde antes de Diocleciano, de que fueron depositarios los dóciles Visigodos.

siglo VIII, se lee lo siguiente: *Illa vero basilica in qua sancta ejus membra quiescunt* (los del citado obispo), *mirum opus, quadris lapidibus, GOTHICA MANU à primo Clothario Francorum rege olim nobiliter constructa fuit, anno, plus minus, quarto et vigesimo regni ejus, sedem Rhotomagensem obtinente Flavio episcopo.* Recueil de Duchesne, tomo I, p. 638.

Este mismo hecho cita Batissier refiriéndose á las actas de S. Ouen, ó S. Andeno, publicadas por Wiltheim, *Dypticon Leodiense*, en Lieja, 1659 folio p. 22. «*Actæ ... Audani, quæ in Bibliothecâ Cænobii D. Maximini sunt, in membranâ exarata, sic habent: mirò fertur opere constructa AB ARTIFICIBUS GOTHIS, etc.*»

## CAPÍTULO V.

*Los árabes en Andalucía (1). — Ciudades de las actuales provincias de Sevilla y Cádiz que florecieron bajo el gobierno de los Califas.*

Como si no fuera causa bastante para explicar la rápida decadencia del Estado Visigodo la corrupcion del clero, que siendo el único guardador de su ciencia, debió haber sido asimismo el mas firme y fiel guardador de su fé, los publicistas que en el siglo actual se han consagrado á dilucidar este importante hecho histórico, propendiendo segun sus particulares antipatías y simpatías ya á la defensa de la que impropriamente se denomina *teocracia*, ya á las conocidas censuras contra las invasiones del poder episcopal, se afanan en buscar causas y concausas, mas ó menos ingeniosas, de la breve duracion de aquella soberbia monarquía. Parécenos que la relajacion de costumbres en que tantos prelados y clérigos vivian desde antes de reinar Witiza, relajacion que habiendo invadido la Iglesia, maestra y directora de la masa popular poco culta, debia forzosamente trascender á los magnates, era motivo mas que suficiente para acarrear la ruina del Estado mejor constituido. Cuando la Iglesia dirige una sociedad, tan rápido como es el progreso mientras el sacerdocio se mantiene morigerado y digno, es rápida la decadencia cuando el sacerdocio languidece y se vicia. La atmósfera de la corte obraba ya visiblemente en los prelados españoles desde antes del XIV concilio toledano: las adulaciones al rey y las mas vituperables concesiones contra la memoria del virtuoso Wamba, manchan las actas de aquellos célebres sinodos ya en tiempo de Ervigio. Lo mismo sucedió reinando Egica, confirmándose en exageradas regalías la incipiente autocracia que habia de concurrir por último con la inmoralidad del clero á precipitar la disolucion de aquella jóven y ya caduca nacionalidad. Agonizaba la Iglesia hispano-goda á fines del siglo VII despues de haberse mostrado tan esplendente y gloriosa á principios de la misma centuria: la rapidez de la decadencia no sorprende; lo que admira es que pudiera incurrir en prevaricacion despues de haber gozado las dulzuras del reino de la verdad y de la justicia en la

(1) Véase mas adelante la nota que explica la etimologia de esta palabra.

tierra. ¿Fué su misma prosperidad lo que perjudicó entonces á la Iglesia? Es posible. ¿Qué inescrutable designio de la Providencia preside al desarrollo de la divina Esposa de Jesucristo para que sean la persecucion y el martirio como las condiciones indefectibles de su santificacion y gloria entre los hombres? No incurriremos en la temeridad de investigarlo.

Podemos sin escrúpulo abandonar á plumas mas doctas que la nuestra el estudio lato de las causas que aceleraron la decadencia de la monarquía de Recaredo, juntamente con la de aquellas memorables sedes episcopales donde á las grandes figuras de Leandro, Isidoro, Eugenio, Ildefonso y Julian, sucedieron las de los Sinderedos y Sisbertos, y últimamente la deformé persona de D. Oppas. Es mas propio de nuestras tareas referir cómo se verificó el castigo de aquella monarquía y de aquella Iglesia delincuentes, y la trasformacion que marcaron las artes en las ideas y costumbres de la gente andaluza en el largo período que duró la terrible expiacion.

Iban á ser los Arabes y Bereberes para los hispano-godos lo que habian sido los Bárbaros del Septentrion para el mundo romano. Una religion nueva cuyo objeto principal parecia ser la milicia y la conquista, que proclamaba la guerra al nombre cristiano como plena justificacion de las almas y prometia á los que cayesen en ella gozes futuros capaces de exaltar hasta el delirio la imaginacion de sus adeptos, habia hecho surgir de las arenosas llanuras del Yemen enjambres de escuadrones, que al grito de *guerra santa* llevaron en pocos años el esterminio y la desolacion á todas las naciones y pueblos del Asia menor, de la Siria y del litoral africano desde los embalsamados verjeles del Eufrates á las peladas cumbres del Atlas. La ocasion de que la treménda correría de los secuaces del Profeta salvase la profunda sima del Estrecho que separa la Libia de la Europa, fué, segun testimonio concorde de la tradición y de las historias, un hecho preparado por la tiranía y la lascivia y consumado por la venganza y la apostasia.

Enviado Muza Ben Nosseyr por el gobernador de Egipto y Africa, hermano del Califa Abdulmalek, á sojuzgar á los Bereberes, gente aguerrida é indómita de las antiguas provincias de Numidia y Tingitania, y viendo cuán próspera le era la fortuna en su difícil empresa; despues de haber agrupado bajo las banderas del Islam los pocos cristianos de aquella tierra, las numerosas tribus que aun vivian en la idola-

tría y la multitud de gentes que allí profesaban el Judaismo, se dirigió á expugnar á Ceuta, plaza importante que con otros pueblos de la costa dominaban los Godos y defendian con fuertes presidios. Mandaba la guarnicion cristiana de Ceuta el conde D. Illán (1), vulgarmente llamado D. Julian, en quien reconocian los árabes relevantes dotes de guerrero. Puso el gobernador sarraceno sitio á la plaza y la estrechó con el ímpetu propio de un ejército numeroso y siempre vencedor; pero el conde hizo una vigorosa salida, y matándole mucha gente lo repelió, obligándole á retirarse hácia Tánger, que sojuzgó fácilmente (2). Mientras el gobernador godo atendia con los refuerzos que se le enviaron de la Península á librar para lo venidero aquella importante plaza de nuevas acometidas de los Alárabes y Africanos, cuyo poderío acababa de recrecerse con el sometimiento de las últimas colonias que en Africa habian mantenido los Bizantinos, preludiaba en la corte de España el desdichado drama cuyo desenlace iba á ser la explosion de la cólera divina, manifiesta en el derrumbamiento de aquel trono católico tan laboriosamente afianzado y enaltecido por los Leovigildos y Sisenandos, y en el vilipendio de la Cruz por el Coran tras la paciente y gloriosa obra de los Concilios.

Era costumbre entre los Godos, dice el historiador árabe Alkhözeyní, que los príncipes de sangre real, los nobles del reino y los gobernadores de las provincias, enviasen á la corte de Toledo sus hijos, para que educándose en los ejercicios propios de la milicia y del mando, pudieran adelantar en el favor de su soberano y hacerse acreedores al regimiento de los ejércitos y provincias. Del mismo modo que los

(1) *Illán* y no *Julian* le llama la *Crónica general* atribuida á D. Alonso el sabio, que se cree ser obra de árabes y judíos convertidos. S. Pedro Pascual, que escribió estando prisionero en Granada y á quien por consiguiente no le faltaron ocasiones de oír la pronunciacion árabe de este nombre, le llama tambien *D. Illán*. Por último *Illán* y no *Julian* escriben todos los historiadores árabes que cita el erudito D. Pascual de Gayangos en su nota 4 al cap. I. Lib. IV de la Obra de Almakkári.

(2) Es de creer que la ciudad de Tánger fuese tambien de los dominios de los visigodos en Africa. Que lo habia sido juntamente con Ceuta y todo el distrito montuoso de Gomera, no hay duda alguna, y claramente lo dán á entender el Pacense y el monge de Silos. Esas ciudades fueron siempre consideradas por nuestros monarcas godos como la llave del Estrecho. Pero al propio tiempo conviene no olvidar que ya en los tiempos de Witiza y de Rodrigo debió estar muy debilitada su autoridad en Africa, pues segun el testimonio de algunos escritores árabes, los musulimes avanzaron bajo el gobierno de Muza contra las ciudades de la marina que habian sacudido el yugo de los reyes de Andalus y cuyos gobernadores se habian enseñoreado de ellas. Esto explica por qué en muchas historias arábicas de las que cita el Sr. Gayangos se llama á D. Illán *Señor de Ceuta y Rey de los Bereberes*.



hijos varones, enviaban á la corte sus hijas, que criándose en el Palacio en compañía de las hijas de sus reyes, se enlazaban en la edad núbil con los jóvenes aventajados de la corte y llevaban al establecerse pingües dotaciones proporcionadas á la categoría de sus respectivas familias. Illán el gobernador de Ceuta, tenia una hija de sin igual hermosura é inocencia, y siguiendo la referida costumbre, la llevó á Toledo, corte y capital del reino de Rodrigo. Así que la vió el monarca, se enamoró de ella locamente, y en cuanto se ausentó su padre empezó á poner por obra el torpe proyecto de seducirla, empleando la violencia despues que vió salirle frustrada la persuasion. La infeliz doncella se quejó secretamente á su padre de la barbarie de que habia sido objeto, y el gobernador Illán, sintiendo en lo profundo del alma aquella afrenta, juró lavarla con sangre y tomar de ella una ruidosa venganza. Embarcóse inmediatamente para Andálus (1) á pesar de hallarse ya muy adelantado el invierno, pues corria el mes de Enero, época de grandes temporales, y se presentó de improviso en Toledo. El rey, que no le esperaba tan fuera de sazón, le reconvino por haber abandonado su gobierno en aquellas circunstancias, y le preguntó: ¿Qué te trae aquí? ¿qué vienes á buscar á la corte en esta estación tan inoportuna? Illán se disculpó diciendo que su esposa se hallaba peligrosamente enferma y deseaba tener el consuelo de ver á su hija antes de morir, por lo cual le habia suplicado que fuese por ella. Rogó al rey que diese las órdenes oportunas con objeto de que la joven pudiera sin demora emprender el viaje: otorgólo Rodrigo, no sin intimar á la hija de Illán en secreto que ocultase á su padre lo que entre ellos habia mediado, y cuando llegó el momento de la despedida, dijo el rey al gobernador de Ceuta: Espero, Illán, que pronto tendré noticias tuyas, y que procurarás traerme algunos buenos halcones: sabes cuánto me entretienen y deleitan cazando las aves y trayéndolas á mi mano. — A lo que Illán respondió: No dudes, oh rey, que pronto estaré de vuelta, y te prometo á fé de cristiano, que no me daré por satisfecho hasta que pueda

(1) *Andálus* (*Andalosh*) aspirando ligeramente la *A* inicial, llamaban los árabes á España, con lo cual aplicaban por sinédoque á toda la Península el nombre de aquella parte donde habian residido los *Vándalos*. Es, pues, la palabra *Andálus* una mera corrupción de *Vandalucia* ó *Vandalicia*, lo cual se explica satisfactoriamente por la supresion de la *V* inicial, convertida en la aspiracion *hamzá*, y la omision de las dos letras finales para conformar el vocablo al genio de la lengua arábica, opuesto á palabras de muchas sílabas. De los mismos vocablos *Vandalucia* y *Andálus* hemos sacado los castellanos *Andalucía* y *Andaluz*.

traerte halcones cuales nunca en tu vida los has visto, — haciendo alusión con esto á los Alárabes, á quienes tenia ya pensado abrir las puertas de su patria. Pero Rodrigo no comprendió el significado de sus palabras (1).

No bien se vió D. Illán en la tierra africana, comenzó á ejecutar su abominable propósito: fuése á Cairwán donde el Gobernador de Africa tenia su residencia; otros dicen que se fué á ver con Muza Ben Nossyr; propuso á los enemigos de su raza y de su ley como cosa fácil la conquista de España, ponderó la belleza y fertilidad de su suelo, la benignidad de su clima, las riquezas de la tierra y de sus pobladores, los odios y el descontento de estos, la molicie que los hacia inéptos para resistirse con las armas; y los decidió á hacer una tentativa dirigida por el mismo conde traidor y por un capitán sarraceno, arrojado y codicioso, llamado Tarif *el Bereber*. Con una pequeña hueste formada de berberiscos y unos cuantos Arabes, trasportados en naves mercantes para mejor disimular el objeto de sus aprestos, desembarcaron junto á la codiciada costa de Andálus en una isla que tomó de este hecho el nombre del caudillo africano y se llamó *Jezirah-Tarif* (Tarifa) (2). En esta primera incursión hallaron poca resistencia: robaron y asolaron la tierra circunvecina; hicieron numerosos cautivos, y cargados de botín regresaron al Africa, sirviendo sus despojos y la belleza de las esclavas de incentivo para una segunda expedición. Verificóse esta por los mismos capitanes, pero poniéndolos Muza bajo las órdenes de su libertino Tarik, guerrero ya distinguido en otras árdidas empresas, á quien algunos historiadores árabes hacen natural de Hamdan en la Persia. Cuéntase que mientras iba Tarik cruzando el Estrecho, tuvo un sueño en el cual se le apareció el Profeta rodeado de ángeles revestidos de fulgentes armaduras con las espadas desenvainadas y los arcos tendidos, y

(1) Esta que tienen por fábula los modernos críticos, y que en realidad de verdad no suena en nuestras historias hasta la época del monge de Silos, cronista del siglo XI, debió sin embargo hallarse consignada en escritos, perdidos luego, de los cristianos contemporáneos. Porque si el Silense, como parece incuestionable, la tomó de los escritores árabes, estos antes sin disputa la recibieron de nuestros escritores, ó al menos de nuestras tradiciones orales, pues en la narrativa de aquellos se advierten rasgos que visiblemente acusan su origen español. Así v. gr. el citado Al-khozeyni, al fijar la época en que D. Illán vino de Ceuta en busca de su hija, no usa, como los escritores de su nación en general, de la denominación de los meses árabigos, sino que emplea la latina diciendo que fué en el mes de *Yánir* (*Januarius*).

(2) *Ad insulam citra mare quæ ab ejus nomine dicitur Gelzirat Tarif*. Roderic. toletan. (lib. III, cap. XX).

oyó que le decía: «¡Animo, oh Tarik, acaba la empresa que te ha sido » confiada!» Miró él al rededor y vió al mensajero de Dios que entraba en Andalucía acompañado de árabes del *Muhajirin* y del *Anssar*. Despertó de su sueño, y comunicando á los guerreros que le seguian la vision milagrosa con que acababa Dios de favorecerle, todos se llenaron de júbilo y confianza. Desde aquel momento no dudó ya Tarik de la victoria.

Aportó la pequeña escuadra que los conducia al pié del monte de Calpe, que tomó el nombre de este esforzado general (*Jebel-Tarik*, ó Gibraltar); así que los dejó en tierra volvió á cruzar el Estrecho en busca de otro cuerpo, y repitiendo los transportes hasta desembarcarlos á todos, puso en el suelo de Andalucía un ejército de doce mil combatientes, Berberiscos la mayor parte y Arabes de varias tribus los demás, con que comenzó en seguida la invasion llevándolo todo á sangre y fuego. La época de esta terrible incursion varia en los escritores árabes: los mas autorizados la fijan en el año 92 de la Egira (711 de J. C.); los historiadores españoles difieren mas que los mahometanos, pues al paso que unos siguiendo el cómputo de Morales la asignan el año 714, otros aceptando la opinion de Masdeu la refieren al año mismo de 711 que señalan Ben-El-Khattib, Ben-Hayyán, Adh-dhobi y otros. Rodrigo, noticioso del peligro por cartas que le envió Teodomiro, el cual habia intentado en vano resistir al torrente con que el Africa asolaba la hermosa region de la Bética, abandonó la guerra que á la sazón le tenia ocupado en el norte de España, y reconociendo al punto la mano de donde le venia el golpe, se dispuso á resistirlo como hombre esforzado. Allegó lo mas prontamente que pudo numerosas tropas de todas sus provincias, conducidas por sus magnates, condes y prelados; escribió á los hijos de Witiza, retraidos de la corte desde la traicion de que habia sido víctima, aunque no inocente, su padre; conjuró á sus partidarios y valedores á que depusiesen sus ideas de venganza ante la magnitud del comun amago, y con un inmenso ejército, en el cual desgraciadamente no mandaba ya los corazones, acampó en las llanuras de Sidonia (*Shidhimah*) llevando en pos de sí todos sus tesoros y los carros de sus pertrechos y provisiones. Aquel grande ejército por su desventura era casi extraño á los trances de la guerra: la paz funesta que España habia disfrutado bajo la corruptora política de los últimos reyes, tenia á la monarquía goda postrada y sin buenos capitanes; los

muros y fortalezas por otra parte estaban quebrantados ó derruidos (1). El rey Rodrigo fué al campo conducido en una basterna ó litera de marfil, llevada por dos blancas mulas, bajo un toldo ricamente bordado y cuajado de perlas, rubíes y esmeraldas (2), como hubiera podido ir á una fiesta una dama romana. Iba escoltado de guerreros cubiertos de lucientes armas, con pendoncillos ondeantes y multitud de estándartes y banderas. Los soldados de Tarik llevaban muy diferentes arreos, sus pechos revestidos de malla, las cabezas ceñidas con turbantes, el arco árabe á la espalda, las espadas pendientes de la cintura y empu-

(1) El conocido romance de Gabriel Lobo Laso de la Vega á la rota de Rodrigo en la batalla de Guadalete, recuerda en estos versos la postracion en que la gente goda vivia:

Roban, destruyen y talan  
la fértil Andalucía,  
sin hallar defensa alguna,  
que ya olvidado tenían  
el militar ejercicio,  
porque derribado habían  
las murallas y castillos  
por orden del rey Bectisa,  
indigno de que se tenga  
de que fué goda, noticia.

Y explica así la causa de la funesta medida tomada por Witiza:

Hizo tambien de las armas  
de los godos, tan temidas,  
hacer hazadones, rejas,  
y herramientas infinitas  
para cultivar los campos,  
temiendo que su malicia  
y abominables pecados  
los reinos levantarían.

(2) Asi Almakkári. Pero la antigua litera ó basterna era cerrada (Ammian, XIV, 6, 16), de manera que no se concibe la necesidad de que llevarán además á Rodrigo bajo un quitasol ó toldo (*dhollo* en árabe). Nos inclinamos, pues, á creer que la litera en que iba el rey era una especie de trono cubierto con una rica y suntuosa cúpula recamada de oro y pedrería, y esta opinion se robustece con lo que añade mas adelante el mismo historiador de quien seguimos la narracion: «el rey Rodrigo, dice, iba en un trono y le preservaba de los rayos del sol una cúpula (*kubbah*) de seda vareteada.» Almakkári, lib. IV, cap. IV. Es creible que los árabes, lo mismo que tomaron de los romanos del Bajo Imperio la cúpula, tomasen de ellos el vocablo con que se denota la cúpula portátil ó toldo, y de la voz latina *tholus* formasen la suya *dhollo*. Con la explicacion antecedente, ya se concibe que pudiera el rey ser conducido al campo de batalla, como dice el autor de las CARTAS PARA ILUSTRAR LA HISTORIA DE ESPAÑA, muellemente recostado en una especie de lecho, ó en un lecho de marfil, como refiere la CRÓN. GENERAL, ca así era la costumbre de andar los reyes de los godos. En efecto, podia el lecho ó trono ser de marfil y su forma la de un templete abierto por los costados, con su cúpula en la parte superior, de modo que el monarca sin abandonar su cómoda postura registrase con la vista el campo en todas direcciones.



nando descomunales lanzas. Es fama que en cuanto los divisó Rodrigo se sobrecogió de espanto reconociendo en ellos las terribles figuras que habia visto pintadas en la misteriosa cueva ó palacio encantado de Toledo, que desdichadamente habia osado abrir (1). Antes de venir á las manos los dos ejércitos, el general agareno procuró infundir aliento en los suyos con palabras capaces de encender en sus corazones la llama del entusiasmo: dió gracias al Todopoderoso por las victorias hasta entonces conseguidas, impetró su auxilio para la grande empresa que iban á acometer, y les pintó al rey cristiano como viniendo en persona á entregarles vergonzosamente sus castillos, sus ciudades y su corona con indescriptibles tesoros: avivó por último en ellos la codicia de los placeres con que les brindaban las hermosas españolas, seductoras y amorosas como los mismas Huris, con sus cuellós cargados de perlas y joyeles y sus gráciles cuerpos envueltos en preciosas estofas de seda y oro, reclinadas blandamente en mullidos lechos en los suntuosos palacios de sus coronados príncipes y magnates. Rodrigo por su parte ordenó sus haces, pero en sus capitanes no se advertía la animacion y el brio que hacia prorumpir en gritos de júbilo á los de Tarik: habia entre ellos numerosos descontentos, y no pocos que traían ya en sus almas la traición urdida. Comenzó la gran batalla al amanecer el día 28 de Ramadhán del año 92 (Domingo 19 de Julio del año 711 de J. C.): el teatro de este tremendo choque fué muy vasto, porque habiendo durado la pelea siete dias, ó de domingo á domingo, comenzó junto á la

(1) La leyenda de la famosa cueva ó torre de Hércules es harto conocida para que sea necesario trasladarla aquí: el ser fábula además nos autoriza á suprimirla por completo. El arzobispo D. Rodrigo y la Crónica general la refieren, pero mas como conseja que como verdadera historia. Los autores árabes concuerdan en lo sustancial con lo que de ella cuentan nuestros cronistas y romanceros. En el romance de Lorenzo de Sepúlveda que empieza con aquel mal verso,

*De los nobilísimos godos,*

puede ver el lector la descripción de los alárabes pintados en el lienzo de la torre encantada, en todo semejante á la que hacen los historiadores árabes de los soldados de Tarik.

Los rostros muy denegridos,  
 los brazos arremangados,  
 muchas colores vestidas,  
 en las cabezas tocados:  
 alzadas traerán sus señas  
 en caballos cabalgando,  
 en sus manos largas lanzas  
 con espadas en su lado.

costa del mar, orillas del *Wada Bekkeh* ó *Wada Leke* (rio Barbate (1) entre la Laguna de la Janda y Medina-Sidonia, y concluyó en los campos que se estienden entre Medina-Sidonia y Jerez. Toda aquella tierra se hallaba comprendida en la diócesis de Asido; mas con ser tan grande la escena donde pasó aquel sangriento drama, aun no era proporcionada á la épica catástrofe con que plugo á Dios desenlazarlo para eterno escarmiento de malos reyes y de naciones corrompidas.

Supónese en algunas de nuestras mas acreditadas historias, que los hijos de Witiza mandaban las alas derecha é izquierda del ejército goda, y que en lo mas crítico de la batalla abandonaron traidoramente al rey pasándose con otros muchos nobles al campo de Tarik; pero es evidente que esta fábula se deshace con solo observar que los hijos de Witiza eran niños euando D. Rodrigo usurpó el trono en 709, y que á los dos años de aquel acontecimiento no serian reputados todavía muy aptos para mandar un ejército tan numeroso y en momentos tan supremos. Defecciones durante la batalla no hay duda que las hubo, y á esto se debió en gran parte que las haces de Rodrigo fuesen lastimosamente vencidas, cediendo el campo el centro que regia el rey en persona al sétimo dia de una obstinada resistencia, digna en verdad de los buenos tiempos de la milicia goda. Pronunciada la derrota en el cuerpo principal del ejército, las demás haces emprendieron una desordenada fuga: en la refriega se vió flotar en alto entre una muchedumbre de apiñados cascos y turbantes, como una vistosa góndola asaltada de hirvientes y empinadas olas, la lujosa basterna de Rodrigo, y hundirse despues como bajel que se sumerge, sin que al concluir la pelea y al bajar sobre aquel campo de carnicería la solemne y misteriosa pareja del duelo y del silencio, fuese posible averiguar qué se habia hecho de aquella magestad real y de la soberbia pompa de su cortejo. No pareció allí entre los muertos el cadáver del rey: este tomó su caballo mientras los árabes de Tarik, engañados por el señuelo de la litera, le buscaban en ella; pero sin duda sucumbió en las ondas del Guadalete, ó bien al peso de su desventura quitándose desesperado la vida, ó á las heridas que tal vez recibiría lidiando con fuerzas desiguales para poner-

(1) El Sr. Gayangos en sus notas al Al-makkári ha esclarecido con grande erudición todas las cuestiones relativas al parage donde comenzó y terminó la batalla que vulgarmente denominamos de *Guadalete* ó de *los campos de Jerez*. V. principalmente las notas 63 y 67 al cap. II, lib. IV.